

Zeitschrift:	Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber:	Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band:	- (2005)
Heft:	5
Artikel:	¿Reconstrucción histórica o ficción? : La expedición de Gómez : un ejemplo barojiano
Autor:	Heuer, Jacqueline
DOI:	https://doi.org/10.5169/seals-1047408

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 16.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

¿Reconstrucción histórica o ficción? *La expedición de Gómez*: un ejemplo barojiano.

Jacqueline Heuer

Université de Genève

En 1935, Pío Baroja emprende, movido por la curiosidad, un viaje a través de España, siguiendo las huellas de la expedición militar encabezada un siglo antes por el general andaluz Miguel Gómez y Damas. El general, caído hoy en un relativo olvido, fue en su tiempo un héroe nacional de la primera guerra civil, y un peculiar guerrero admirado más allá de la península, como lo atestiguan varias fuentes de la época dedicadas a su figura.

Este viaje en automóvil, en el que el escritor estuvo acompañado por un fotógrafo y un chófer, dará lugar a la publicación de lo que Baroja llamó un «ensayo reporteril», incluido algunos años más tarde en uno de los capítulos de sus memorias *Desde la última vuelta del camino*, de 1944, en el volumen titulado «Reportajes»¹.

La expedición

La expedición de Gómez tuvo lugar en 1836 y duró unos seis meses (más exactamente cinco meses y veinticuatro días, según se indica en el texto); como advierte Baroja, resultó difícil seguir con exactitud los pasos seguidos por el general y sus tropas, ya que el viajar en automóvil o el desplazarse a pie impedía seguir fielmente el itinerario realizado a caballo por las fuerzas carlistas de Gómez.

La división de casi tres mil hombres y 180 caballos entró en seis capitales de provincia y recorrió gran parte del territorio enemigo, derrotando a fuertes columnas liberales, superiores en fuerza. El propósito inicial de Gómez fue levantar primero Galicia y Asturias

© Boletín Hispánico Helvético, volumen 5 (primavera 2005).

¹ Todas las citas remiten a la edición de Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, vol. 6.

en favor de la causa carlista. La expedición fue lanzada por el jefe militar Bruno Villarreal; se inició el 26 de junio de 1836 en Orduña y terminó, tras un recorrido de más de cuatro mil kilómetros, el 20 de diciembre en la misma ciudad.

La incursión llevada a cabo había comenzado en Asturias; desde allí las fuerzas pasaron a Castilla la Vieja y Aragón; bajaron luego Gómez y sus tropas hasta Cuenca y terminaron alcanzando Andalucía, que recorrieron hasta Gibraltar².

Nadie parece poner en duda la demostrada destreza del guerrero para sortear a su enemigo. Pero a pesar de haber obtenido numerosos éxitos (y sufrido, a su vez, más de un fracaso) y de haber sido cantado por varios ilustres coetáneos suyos, su nombre desapareció curiosamente de los anales históricos por razones que han permanecido bastante oscuras; en otras palabras: fue procesado por motivos que la Historia no aclara demasiado. Su popularidad fue, no obstante, cierta: se cuenta que el zar Nicolás I preguntaba diariamente a sus colaboradores qué noticias llegaban de Gómez y cómo se desarrollaba su recorrido. Según relata Larra, lo mismo se hacía en la madrileña calle de la Montera, donde se les preguntaba a los escritores: «Hola, poeta ¿qué hay de Gómez?»³.

Por una parte, se proyectó, en el plano internacional, la imagen de la capacidad del ejército carlista para luchar y vencer en campos de batalla distintos a los de las montañas en que se encontraban recluidos, a la vez que se señalaba la impotencia e inviabilidad del gobierno liberal; por otra, se constató el insuficiente control que los cristinos ejercían sobre los territorios que en principio se habían mostrado adictos a la causa de Isabel II. Pero el regreso de la

² Existe un itinerario de la expedición, dibujado por el barón prusiano Guillermo de Rahden, jefe del Estado Mayor del ejército carlista de Aragón y de Valencia, que nos permite seguir esta trayectoria, de Norte a Sur, que Baroja comparó gráficamente a «una Z invertida» (pág. 188). Este itinerario apareció en *Wanderungen eines alten Soldaten*, publicado en Berlín en 1850 y traducido luego al español (*Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1965 (con prólogo, traducción y notas de José María Azcona y Díaz de Rada), así como en un suplemento al citado libro de Rahden (ver *Miguel Gómez: ein Lebenslichtbild. Supplement zu «Wanderungen eines alten Soldaten»*, Berlin, 1859). Baroja conocía las obras de Rahden; las menciona en varias ocasiones en su relato.

³ Baroja cuenta esta anécdota en el subcapítulo «Desorden» (pág. 241). De Gómez decía Larra que era «imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte»; ver «El día de difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio», en Mariano José de Larra, *Figaro, colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* (ed. de Alejandro Pérez Vidal), Barcelona, Crítica, 1997, pág. 581.

expedición fue percibido como una incapacidad por parte de los carlistas para asentarse en territorios diferentes a los que en aquel momento dominaban.

El protagonista

Ahora bien, tenemos que recurrir a otras fuentes, aparte el texto del escritor vasco, para completar el muy breve perfil que éste traza de Gómez, hijo ilustre de la andaluza villa de Torredonjimeno. En lo que se refiere a su retrato físico, nos es descrito, en el texto barojiano, como «de cara larga, correcta; nariz bien perfilada, ojos claros y expresión melancólica» (pág. 186). La descripción hecha por Baroja podría proceder de la observación de un retrato conocido, realizado por el francés Isidore Magués.

Georges Borrow, en su libro *La Biblia en España*, prologado y traducido al castellano por Manuel Azaña en 1921, dice de él, tras haberlo conocido, que era «de estatura regular, grave y sombrío⁴». Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera, en una obra de 1984 dedicada a *La expedición de Gómez*, cita un fragmento de la obra de Rahden en la que éste afirma que su «imagen exterior contradecía del todo su origen», ya que «la expresión de bonachón y la corpulencia aparente de la constitución muy carnosa más bien daban la impresión de que se trataba de un alemán y no del español con tez sureña, más bien delgado, pero fuerte y huesudo⁵».

En lo que atañe su carrera militar, sabemos que ésta debutó muy pronto, ya que cuando el general Dupont invadió Andalucía durante la guerra de Independencia, el entonces muy joven Gómez participó en la lucha contra los franceses, tras la cual estuvo encarcelado durante un año, antes de lograr huir.

En 1820, ya formaba parte de los absolutistas y, a finales de esta misma década, era nombrado comandante en el mismo regimiento de que era coronel Zumalacárregui, otro futuro héroe de la primera guerra carlista. A la muerte de Fernando VII (1833), ambos se pusieron al servicio de don Carlos para luchar contra el nuevo Gobierno, que consideraban revolucionario. No nos detendremos, por falta de espacio, sobre la tensa situación política en que se

⁴ Borrow, George Henry: *La Biblia en España*, Madrid, Alianza, 2003 (introd., notas y traducción de Manuel Azaña), pág. 205.

⁵ Citado por Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera en *La expedición del General Gómez*, Madrid, Editora Nacional, D. L., 1984, pág. 243.

hallaban los dos bandos opuestos, el carlista y el isabelino, en ese momento de la historia española. Pero, como es sabido, el año de la muerte del «Deseado» comenzaba la primera guerra carlista, que duraría siete años (1833-1840)⁶.

Pues bien, cuando volvió de su recorrido guerrero por Galicia, Castilla y Andalucía, el rebelde Gómez fue encarcelado por sus correligionarios «por no haber cumplido ni las órdenes del alto mando que le habían dado, ni el objeto para el cual se organizó la expedición» (pág. 189). Tuvo que refugiarse en Francia, donde siguió, en un primer tiempo, negando la legitimidad de Isabel II. Sólo a su muerte la aceptó como reina, con el propósito de proteger el destino de su esposa. Gómez falleció en el exilio, en la ciudad de Burdeos, donde fue enterrado en 1864.

Ignoramos si Baroja conocía la existencia de un diario de operaciones redactado por el propio Gómez, diario del que Bullón transcribe algunos fragmentos en la obra citada anteriormente, al haber tenido acceso a una copia del original, que le remitió don Juan de Parada, sobrino de don Miguel Gómez. «No debía», dice Baroja al referirse a Gómez, «ser aficionado a escribir, porque no se le ocurrió jamás defenderse en un periódico o en un folleto. Otro cualquiera hubiera explicado su expedición y las causas de sus fallos» (pág. 189).

También existieron unos planos de acciones, otra fuente de importancia, según relata J. Delgado, gobernador del cuartel general y autor del *Relato oficial de la expedición*⁷, planos en poder de un oficial, pero que desaparecieron con él, por razones oscuras, tras la retirada de Algeciras.

El propio Gómez, estando en el exilio, declaró lo siguiente con respecto a la popularidad que suscitó en su momento la expedición, no sin tomar cierta distancia ideológica con respecto a la representación que se hizo de él:

Muy lisonjero es sin duda oír que se atribuye este fenómeno a mi capacidad militar; pero no me ciega el amor propio hasta el punto de no conocer que esta explicación es una nueva red tendida por el liberalismo. Quisiera ésta dar una idea falsa de la verdadera

⁶ Ver Menéndez Pidal, Ramón, *Historia de España. La era isabelina y el sexenio democrático (1868-1874)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, tomo XXXIV, págs. 71-139.

⁷ Ver *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz Don Miguel Gómez*, escrito por D. J. Delgado, Gobernador del Cuartel General, San Sebastián, Gráfico-Editora, S. L., 1943.

conclusión de la historia de mi correría, la cual debe parecer, en efecto, una *novela* o una especie de *milagro* para todos los que intenten explicarla por las simples reglas de la estrategia. No, no es a mi habilidad, ni tampoco a la inacción ni a la ignorancia de los generales enemigos, a quienes debe atribuirse la felicidad de mis marchas, sino principalmente a aquella benevolencia oficiosa, que adivina las necesidades de un amigo, y vuela para socorrerle⁸.

Constatamos aquí cómo el hombre de acción busca lo real como dimensión aprovechable ideológicamente, mientras que lo ficticio viene a ser, a sus ojos, la opinión del enemigo. Dicho de otro modo, convertido ahora en hombre de letras, el guerrero aprovecha, no sin cierta habilidad, la forma oral de *autorrepresentación* como arma ideológica.

En lo que concierne el texto de Baroja, cabe preguntarse cuál es su posición respecto a la figura de Gómez, si postura hay. ¿Por qué haber decidido volver sobre los pasos del guerrero precisamente durante el bienio negro, época de grandes tensiones en toda España? Lo que hace aquí el escritor es, en realidad, partir de la singularidad histórica de dos épocas distintas: la de la primera guerra carlista y la de la II^a República, centrando su atención en una figura insólita y excepcional de aquélla. Resulta significativo, tratándose de un escritor de la generación del 98, que el autor-narrador, además de informar, proponga comentarios que se manifiestan indirectamente en el texto –tanto en lo que atañe la presentación de personajes, como de hechos– mediante la transcripción de diálogos, la inserción de poemas y canciones, y el uso de múltiples referencias intertextuales. Esta forma de comentarios aspira claramente a marcar un distanciamiento respecto a las versiones históricas oficiales y ofrece un mayor grado de libertad interpretativa al lector⁹.

⁸ Citado por Manuel Fernández Espinosa, «La vida aventurera del general Miguel Gómez Damas», *Arbil*, núm. 78, artículo reproducido en la WEB: [www.iespana.es/revista-abil/\(78\)dama.htm](http://www.iespana.es/revista-abil/(78)dama.htm)) (subrayado mío).

⁹ Ver Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, Ed. Universidad de Pamplona, 1998, pág. 131. Para Jon Juaristi, el relato o la novela de tema histórico «se desentiende de todo propósito pedagógico, centrándose en el análisis de las vidas de unos personajes sometidos a unas determinadas constricciones históricas. Lo que les interesa a los escritores del 98 son las posibilidades existenciales de unos individuos que pugnan por construir su propio destino contra las condiciones que les son impuestas por el medio geográfico y la circunstancia histórica y sus causas», citado por Fernández Prieto, *Ibid.*

¿Gómez como símbolo?

Nila compleja personalidad de Gómez, ni sus hazañas militares supusieron, en nuestra opinión, un motivo suficiente para que Baroja emprenda tal viaje, si bien es conocida, como ha señalado María Dolores Albiac, la afición del escritor «por los dibujos y grabados de guerrilleros, de tipos populares y personajes decimonónicos [...] que tenía en su casa»¹⁰.

Gómez fue sin duda un guerrero culto (cuando comenzó la guerra de Independencia, estaba cursando estudios de derecho en la Universidad de Granada), de alma noble y moderada, lo que le hizo romper con otros jefes militares como Cabrera y Miralles *el Serrador*, partidarios, por citar un solo ejemplo, del exterminio de prisioneros. Pero el escritor vasco apenas se expresa sobre la postura ideológica del guerrero andaluz; tampoco lo hace con respecto a los isabelinos. Sólo en una ocasión señala con amargura y cierta lucidez que «siempre ha pasado lo mismo en España. El reaccionario ha sido reaccionario de veras, el liberal ha sido muchas veces liberal falso, de pacotilla» (pág. 193). En otro momento, ofrece reflexiones sobre la absurda parcialidad de los guerreros: «en esta clase de guerras, cuando se mata a la gente enemiga se mata correctamente, y cuando matan a los del propio bando se considera que se les asesina» (pág. 234).

Resulta por ello lícito interrogarse sobre el hecho de que Baroja no tome claramente posición por ninguno de los dos bandos. Quizás se trata de una manera de evitar caer en una forma de nacionalismo barata y gratuita.

Fuentes y construcción del relato

Baroja, erudito y gran conocedor de la Historia española, relata de modo peculiar esta expedición, sin indicar siempre sus fuentes¹¹. Al otorgar la palabra a ciertas figuras históricas, reconstruyendo diálogos, las desmitifica, convirtiéndolas en entes ficticios: los

¹⁰ Ver María Dolores Albiac, «Pío Baroja. Ingenuo paseante», *Memoria del 98*, 19, Madrid, ed. El País, 1997, pág. 305.

¹¹ Los ejemplos abundan en el texto: «Según una relación carlista, el paso del Ebro fue una de las jornadas más penosas de la expedición de Gómez» (pág. 202); más adelante se refiere a la obra *Campañas y aventuras de un voluntario realista en España*, firmada por «un francés, testigo presencial», sin precisar su nombre (pág. 228); encontramos otros ejemplos a lo largo del texto. (Subrayados míos).

héroes nacionales de ambos bandos vienen así rebajados al mismo nivel que cualquier campesino o tabernero encontrado a lo largo del viaje.

El relato barojiano consta de tres capítulos fragmentados en más de cien subcapítulos (109, exactamente), todos con título, y de extensiones diversas. Baroja elige la forma del diario para describir algunos acontecimientos clave de la expedición, fechados con precisión, dando noticias de los pasos del guerrero por las diversas regiones y de los suyos propios un siglo después: utiliza, así, el tiempo presente de la escritura, característico del género diario, para introducir anécdotas del viaje, aprovechando estas digresiones para retratar el estado de gran pobreza en el que se hallan los pueblos y las ciudades de provincia de la España de preguerra. Dialoga, a lo largo de su viaje, con «tipos sanchopancescos», mujeres «goyescas», «contrabandistas» o «viejas desconfiadas», procurando sacarles algún recuerdo relacionado con el paso de los «invasores» por su pueblo, recuerdo que les hubieran transmitido los ancianos. En vano, casi siempre: «A los habitantes», escribe Baroja, «les interesa más lo que va a pasar que lo que pasó» (pág. 236).

Navega así, en su relato, entre el «entonces» y el «ahora», deteniéndose en la descripción de algunos elementos paisajísticos o arquitecturales que surgen como únicos lazos entre ambas épocas: un río, una muralla, por citar sólo unos ejemplos. Utiliza el tema histórico para retratar la situación española de entonces y trazar, a su vez, la evolución del paisaje, reflejo del transcurrir del tiempo: «No sabemos», escribe Baroja, «qué pensaría Gómez si viviera, al ver convertidos en lagos románticos las tierras secas que recorrió él con su gente» (pág. 207). Lo que más le llama la atención es quizás el carácter cíclico de la Historia, en relación directa con el paisaje: «Es curioso», escribe, «cómo todas las multitudes y los ejércitos de un país, empujados por la geografía, van por las mismas vías y se repiten en sus actos. En el siglo XIX los franceses de Napoleón, los de Angulema, los carlistas de Gómez en 1836 y las tropas de Novaliches en 1868, intentaron forzar el puente de Alcolea» (pág. 251).

Así pues, está muy presente, a lo largo del texto, la idea, tan hecha suya por los noventayochistas, de analizar la historia a través del paisaje. Como la mayoría de sus coetáneos, el escritor vasco converge hacia una suerte de regionalismo, pues, como ha subrayado con razón Francisco Calvo Serraller, «los artistas que permanecieron en España no pudieron evitar hacer de lo español

el tema de su arte. Desde luego, aunque se intentó una y otra vez, era muy difícil no ser sino español, cuando España, como escribió un poco antes de la transición democrática el historiador del arte Kenneth Clark, seguía siendo *un capítulo aparte*¹²».

Ahora bien, siguiendo la ruta del caudillo carlista, Baroja retrata a su vez a otros protagonistas de la contienda: el contrincante más temido por Gómez fue Espartero, liberal entusiasta e intrépido, al que dedica varias páginas, junto a otros militares liberales como Isidoro Alaix y Narciso López. Y, sin dejar nunca de describir minuciosamente alguna de las operaciones militares, regresa al tiempo presente de la escritura, transcribiendo algunos letreros políticos: revolucionarios («¡Guerra al fascio!, ¡Sin Dios!, ¡Viva la C.N.T.!; ¡Viva el comunismo libertario!») (pág. 265) o conservadores («Biba [sic] el clero y el rey XII», ¡Abajo la República!») (pág. 235), escritos con pintura blanca y negra en las paredes de los pueblos.

La República, según relata un hombre encontrado en Villanueva de los Infantes, se ha notado en algunos nombres de las calles y plazas: una de las plazas, llamada antes de las Monjas, se llamó, después, de Alfonso XIII y luego, de Alejandro Lerroux. «Ahí tiene», le contesta Baroja, «la Historia moderna de España en tres lecciones. Total, cero» (pág. 245).

Y de la expedición de Gómez no queda, tras un siglo, «más que un ligero rastro, un vago recuerdo, y eso en muy pocos lugares». La constatación es amarga: «¡cómo se borra en los pueblos», dice el escritor, «todo recuerdo histórico!» (pág. 193).

Estas páginas muy barojianas, llenas de observaciones detalladas, de vidas, de percepciones, delicadas unas veces, crueles otras, reflejan una forma de análisis histórico singular y se caracterizan por una notación que hasta se podría calificar de seca respecto a lo observado. Pero, como sabemos, si en algo confiaba el escritor vasco, era, más que en la Historia, en la palabra, es decir, en la literatura.

Si intentamos resumir el perfil de *La expedición de Gómez*, lo calificaríamos de texto híbrido, a caballo entre el reportaje y la reconstrucción histórica. En todo caso, un segmento de *Desde la*

¹² Ver Francisco Calvo Serraller, «Ciudad y paisaje», en *Memoria del 98*, 18, Madrid, ed. El País, 1997, pág. 282.

última vuelta del camino con entidad suficiente para justificar el análisis por separado. En realidad, Baroja utilizó aquí el pretexto histórico de la expedición, y a Gómez como *leitmotiv* de ésta, para interrogarse, por una parte, sobre la ¿inexistente? memoria colectiva de todo un pueblo, ofreciéndonos, por otra, un documento crudo sobre la España provinciana de preguerra.

BIBLIOGRAFÍA

- Albiac, María Dolores (1997): «Pío Baroja. Ingenuo paseante», en *Memoria del 98*, 19, Madrid: Ed. El País, pág. 305.
- Baroja, Pío (1948): «Le expedición de Gómez», en *Desde la última vuelta del camino. Reportajes*, vol. 6, Madrid: Biblioteca Nueva, págs. 183-279.
- Borrow, Georges (2003): *La Biblia en España* (notas y trad. de Manuel Azaña), Madrid: Alianza.
- Bullón de Mendoza Gómez de Valugera, Alfonso (1984): *La expedición del General Gómez*, Madrid: Ed. Nacional.
- Calvo Serraller, Francisco (1997): «Ciudad y paisaje», en *Memoria del 98*, 18, Madrid: Ed. El País, págs. 277-282.
- Delgado, D. J. (1943): *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz Don Miguel Gómez*, San Sebastián, Gráfico-Editora, S. L., 1943.
- Fernández Espinosa, Manuel: «La vida aventurera del general Miguel Gómez Damas», *Arbil*, 78, artículo reproducido en la WEB: [www.iespana.es/revista-abil/\(78\)dama.htm](http://www.iespana.es/revista-abil/(78)dama.htm).
- Fernández Prieto, Celia (1998): *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona: Ed. Universidad de Pamplona.
- Juaristi, Jon (1987): *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid: Taurus.
- Larra, Mariano José (de) (1997): *Fígaro, colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* (ed. de Alejandro Pérez Vidal), Barcelona: Crítica.
- Menéndez Pidal, Ramón (1981): *Historia de España. La era isabelina y el sexenio democrático (1868-1874)*, Madrid: Espasa-Calpe, tomo XXXIV, págs. 71-139.
- Rahden, Wilhelm (von) (1850): *Wanderungen eines alten Soldaten*, Berlin, [s.l.].
- (1859): *Miguel Gómez. Ein Lebenslichtbild. Supplement zu «Wanderungen eines alten Soldaten»*, Berlin, [s.l.].
- (1965): *Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)* (pról., notas y trad. de José María Azcona y Díaz de Rada), Pamplona: Diput. Foral de Navarra.

